

PROGRAMA DE ESTUDIOS IBEROAMERICANOS
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

LA CONFERENCIA
EPISCOPAL DE CHILE
Y EL TEMA VALÓRICO
(1962 - 2009)

Jorge Mendoza V.



PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATOLICA
DE VALPARAISO

VICE-RECTORÍA DE INVESTIGACIÓN
Y ESTUDIOS AVANZADOS

© Jorge Mendoza Valdebenito, 2011

Inscripción N° 204.094
ISBN 978-956-17-0488-6

Tirada: 300 ejemplares
Derechos Reservados

Licencia Canónica decreto N° 43 / 2010
Obispado de Valparaíso

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso
Teléfono: 227 3087 – Fax: 227 3429
E.mail: euvs@ucv.cl
www.euv.cl

Dirección de Arte: Guido Olivares S.
Diseño: Mauricio Guerra P.
Asistente de Diseño: Alejandra Larraín R.
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.

Impresos Libra, Valparaíso

HECHO EN CHILE

*A la memoria de
mis padres,
Jorge y Elsa*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO PRIMERO: RELIGIÓN, IGLESIA Y SOCIEDAD	25
1.1. La visión desde la Sociología de la Religión	25
1.1.2. La Sociología de la Religión y la verdad religiosa.....	28
1.1.3. Sociología de la Religión y Teología	29
1.1.4. Religión y sociedad.....	30
1.1.5. Funciones de la religión en la sociedad.....	33
1.1.6. Un orden por descubrir. Necesidad del sentido y del orden. Percepción de un mundo caótico.	35
1.1.7. Las Iglesias.....	37
1.2. Misión de la Iglesia y la vida de la sociedad chilena	40
1.2.1. La sociedad chilena y la convivencia humana.....	44
1.2.2. Autonomía relativa de lo temporal.....	47
1.2.3. La Iglesia Católica en la sociedad chilena	51
CAPÍTULO SEGUNDO: CULTURA, VALORES Y EVANGELIO.....	57
2.1. Hacia una conceptualización de la cultura	57
2.1.1. El hombre y su preguntar	63
2.1.2. El sentido y la plenitud	66

2.1.3. Propósitos y sentido de la cultura.....	70
2.1.4. La reciprocidad hombre-cultura.....	73
2.1.5. Cultura e identidad.....	75
2.1.6. La modernidad como problema religioso	81
2.2. La cultura en los documentos de la Conferencia Episcopal de Chile	84
2.2.1. Las culturas contemporáneas	89
2.2.2. Rasgos no evangélicos de las culturas contemporáneas.....	95
2.2.3. Los nuevos problemas ético-valóricos.....	100
2.2.4. Evangelización y cultura	106
2.2.4.1. Los desafíos y los retos	106
2.2.4.2. Evangelización de la cultura.....	115
 CAPÍTULO TERCERO:	
LOS VALORES EN LA VIDA SOCIAL, POLÍTICA Y ECONÓMICA	123
3.1. La Iglesia y la vida social en Chile.....	123
3.1.2. Las dificultades.....	128
3.1.3. Los desafíos	130
3.1.4. Las propuestas	133
3.1.5. Misión propia de la Iglesia.....	135
3.2. Apartado Primero: La Vida Política	136
3.2.1. La Perspectiva Pastoral en el Quehacer Político.....	136
3.2.1.1. No identificar lo cristiano con lo temporal	139
3.2.1.2. Independencia de la Iglesia y de los cristianos	140
3.2.1.3. Providencia divina y libertad humana.....	142
3.2.1.4. Intervención de Dios en la historia.....	142

3.2.1.5. Liberación humana y plenitud divina	145
3.2.1.6. Co-creación y colaboración con el plan de Dios..	147
3.2.1.7. El discernimiento como actitud propia del cristiano	150
3.2.1.8. Inevitabilidad y urgencia de los cambios.....	150
3.2.1.9. Valorización de la circunstancia histórica.....	152
3.2.1.10. Responsabilidad de los laicos.....	154
3.2.2. La Autonomía de lo Temporal.....	156
3.2.2.1. Absolutización y relativización.....	157
3.2.2.2. Absolutización y relativización de lo temporal ...	157
3.2.2.3. Características y límites de la autonomía temporal.....	162
3.2.2.4. Interpretación global de la realidad.....	164
3.2.2.5. Sacralización y mesianismo.....	166
3.2.2.6. Sacralización de lo temporal	167
3.2.2.7. Inmanentismo y trascendencia	168
3.2.2.8. Triunfalismo mesiánico y paternalismo.....	171
3.2.2.9. Utopía y realismo político	175
3.2.2.10. Amarrar el futuro	175
3.2.2.11. La creatividad.....	178
3.2.2.12. Obligación de lo posible.....	182
3.2.3. La Convivencia Humana	184
3.2.3.1. Dogmatismo e intolerancia	184
3.2.3.2. Dogmatismo, intolerancia y exclusión	185
3.2.3.3. Instrumentalización y manipulación.....	189
3.2.3.4. La violencia como problema.....	191
3.2.3.5. Marginación y participación.....	195
3.2.3.6. Diversidad y legitimidad de las opciones personales	195

3.2.3.7. Apertura y diálogo.....	197
3.2.3.8. Derecho a disentir y pluralismo.....	199
3.2.3.9. Eficacia histórica y plan de Dios.....	201
3.2.3.10. Eficiencia deshumanizada.....	202
3.2.3.11. Descubrir el Plan de Dios.....	204
3.2.3.12. Consenso y convivencia.....	205
3.3. Apartado Segundo: El Episcopado de Chile y la Actividad Económica.....	210
3.3.1. Visión ética de la economía.....	210
3.3.2. Fines y objetivos de la economía.....	212
3.3.3. Hacia una visión antropológica.....	216
3.3.4. Problemas denunciados.....	221
3.3.5. Vías de solución que se proponen.....	224
3.3.6. Economía y humanización.....	227
CAPÍTULO CUARTO:	
MATRIMONIO Y SEXUALIDAD.....	229
4.1. Antropología del amor y la comunión interpersonal.....	230
4.2. La familia: problemas y desafíos.....	240
4.2.1. La identificación de las causas de sus problemas.....	247
4.2.2. Necesidades y cuidados de la familia.....	250
4.3. Sexualidad y comunión.....	253
4.3.1. Las desviaciones y los problemas de la sexualidad.....	255
4.4. Sociedad y familia.....	260
4.4.1. Las mutuas influencias.....	261
4.4.2. Problemas y desafíos para la institución familiar.....	264
BIBLIOGRAFÍA.....	269

INTRODUCCIÓN

La discusión sobre los temas valóricos en nuestro país, con la consiguiente participación del Episcopado Nacional al respecto, se remonta, en la época reciente, a los años sesenta con la aparición de los primeros documentos colectivos de la Conferencia Episcopal de Chile. En este aspecto la Iglesia Católica chilena ha tenido una participación constante en los problemas sociales que tocan aspectos éticos. Sin embargo los temas que preocupan al Episcopado nacional han ido cambiando su énfasis como respuesta a las condiciones históricas de nuestro país. Es así como, en una primera aproximación, en los años sesenta el tema nuclear fue el derecho a la participación política, con la consecuente integración de grandes sectores de la sociedad en los procesos políticos. Una segunda etapa, años setenta y ochenta, fue el tema de los derechos humanos y, finalmente, en nuestros días, los temas relacionados con la cultura, la economía y la bioética y sexualidad.

El problema al que se pretende aportar con esta publicación no se refiere tanto a la discusión puntual de los temas valóricos que aparecen en la agenda de la sociedad chilena, sino más bien al trasfondo de la discusión acerca de si la religión, y su expresión social que es la Iglesia, tienen derecho a influir en la toma de decisiones social-políticas respecto de la axiología; esto sin perjuicio de mostrar cuáles han sido el pensamiento y los pronunciamientos concretos respecto de temas que preocupan a los Obispos y a la Iglesia. En el fondo de la discusión es posible encontrar un conflicto que nace de los postulados de la cultura moderna en torno a la libertad, a la autonomía y a la independencia de cada sujeto para tomar decisiones éticas, o lo que se conoce como “relativismo moral” o “politeísmo axiológico” y el rol orientador que la Iglesia asume como parte de su misión. En esta línea de pensamiento,

propio de la secularización, el carácter de las legislaciones civiles sobre los temas serían más bien de tipo permisivo, ya que tienden a privilegiar el respeto irrestricto a las decisiones individuales, fomentando una moral intimista que no tiene conexión con sus consecuencias sociales. Frente a esta posición se encuentran los argumentos provenientes de la visión religiosa que, con distinto grado de severidad, afirman la necesidad de una autonomía personal relacionada, y por lo tanto subordinada, a la ley natural.

El tema de la pertinencia que un sector de la sociedad, en este caso agrupado en torno a una religiosidad particular, traten de ver representada en la sociedad su propia ética, no es en sí un tema nuevo sino recurrente. Desde los primeros sociólogos hasta la actualidad sigue siendo un tema de estudio y de debate. Plantear nuevamente los fundamentos de la ética desde la creencia de las personas y no sólo desde la racionalidad, puede dar mejores pistas para la comprensión de la realidad personal como construcción hecha desde las percepciones y sentimientos que orientan el sentido de la vida. En este aspecto la tranquilidad y la paz social se ven beneficiados al tratar de conciliar, tanto racional como emocionalmente, los diferentes argumentos que se puedan dar en torno a los temas valóricos.

En el caso de la Iglesia Católica chilena la participación en la discusión de los temas valóricos es de larga data en nuestro país y es parte constitutiva de su rol orientador de la sociedad. La mayor o menor aceptación, o resistencia, de su pensamiento y de su posición frente a los mismos, tiene que ver más que nada con las diversas sensibilidades sociales que surgen de la cultura moderna y de los temas en discusión en un momento histórico dado, aunque también se pone en tela de juicio su derecho a orientar y participar, u opinar, en la toma de decisiones al respecto.

Por otra parte, identificando a la Iglesia como uno de los protagonistas de la vida nacional, su pensamiento requiere ser explicitado y conocido más allá de las coyunturas en que ha debido manifestarse. Al querer presentar, en forma sistematizada, el esquema de pensamiento del Episcopado chileno, se está favoreciendo tanto su conocimiento en una perspectiva histórica, como el poder replantearlo de acuerdo a las nuevas necesidades de la sociedad.

También servirá a los actores de la vida política y social acercarse, con mayor conocimiento de causa, a la Iglesia y a su misión. Tal vez así se contribuye a evitar su instrumentalización y la interpretación sesgada de sus acciones y de sus pronunciamientos. Si así fuera, la Iglesia podría contribuir, con lo específico de su misión, a la convivencia y a la armonía social.

La Iglesia parte desde una afirmación de sí misma para tratar el problema de la vida social. Su misión le ha sido dada e incluye un rol profético, anuncio y denuncia, que debe manifestar. Este es el tema del primer capítulo: la eclesialidad, el rol y los derechos que la Iglesia, en su conjunto, debe manifestar ante el mundo creado por los hombres, buscando salvar las distancias que se han interpuesto entre él y Dios, entre el pecado de los hombres y la plenitud para la cual Dios los creó.

El lo que respecta al estudio sobre las ideologías políticas y sobre las nuevas corrientes de pensamiento cultural y moral y su influencia en la vida nacional de Chile cuenta con aproximaciones desde diversas disciplinas. Sin embargo, no es un tema que pueda agotarse, tampoco este trabajo lo pretende, y por lo tanto su vigencia sigue en pie. No es arriesgado presumir que tanto las ideologías como las nuevas tendencias del pensamiento moral y de los comportamientos concretos seguirán teniendo importancia relevante en el acontecer nacional¹.

El sistematizar el pensamiento de la Conferencia Episcopal de Chile también puede ser un aporte a los otros países de América Latina, ya que permite tener un punto de comparación -en términos de análisis del discurso-, con las otras Conferencias Episcopales y cómo han respondido a sus propias circunstancias históricas, sin que ello signifique un juicio de valor.

¹ “El Bicentenario de nuestra Independencia acontece en tiempos en que la discusión valórica ha cobrado especial interés en temas tan cruciales como el respeto por la vida, el servicio público, el futuro del matrimonio y de la familia, el desarrollo económico, la calidad de vida, la extensión de las mismas oportunidades a todos y la justicia social, el sentido y el ejercicio de la sexualidad, la libertad de expresión y el respeto debido a las personas, y tantos otros que se debaten entre nosotros”, **En camino al Bicentenario**, Documento de trabajo de la Conferencia Episcopal, N° 5, septiembre de 2004.

EL PROBLEMA DE LOS VALORES

Un primer acercamiento al tema de los valores, la axiología², nos indica que, siendo un tema capital para una sociedad, en cuanto sobre ellos se construye la ética del grupo en cuestión, no deja de tener una discusión sobre su origen mismo, respecto de la antropología sobre la que se construye y respecto de la teleología que expresan como desideratum. Los valores son el eje sobre el cual se edifican tanto las personas como la sociedad en general; ellos son el punto de referencia respecto de los cuales las personas y los grupos humanos van tomando decisiones. Los valores permiten discernir entre alternativas y posibilidades dando prioridad a algunas respecto de otras. No está de más recordar que la función de la moral, en cuanto ciencia, es el discernimiento cuando se produce una colisión de valores entre los que se debe optar.

La cuestión valórica, en cualquiera de los ámbitos en que ella se realiza, implica tomar conciencia de la complejidad del tema y de los factores involucrados. En primer lugar, tomar conciencia y conocimiento de la amplia discusión axiológica en sí misma, que aún no es del todo conclusiva en sus aspectos sociológicos, aun cuando sí parece serlo en las corrientes filosóficas y teológicas. Así, mientras para algunos sociólogos no es más que un elemento de la socialización propia de cada grupo humano y de su cultura particular, para otros es la forma, más o menos sutil, en que los grupos dominantes mantienen su posición de poder dentro de la sociedad correspondiente.

Desde las visiones filosóficas y teológicas el tema también resulta complejo. Dependiendo de la visión antropológica que sustenten desglosarán un sistema y una escala de valores que se dará por absoluta y correspondiente a la naturaleza propiamente humana. Hay en esto, obviamente, una cierta afirmación dogmática, o de un cierto etnocentrismo, que dificulta

² No se incluye la abundante bibliografía al respecto, ya que un trabajo de este tenor excede el propósito de esta publicación.

la discusión respecto de la verdad sobre el hombre y su vida con otros, especialmente cuando el “otro” pasa a ser considerado un “algo” accidental y no un constitutivo esencial de la vida personal. En general el tema valórico, desde estas perspectivas, se reduce al cumplimiento de los mismos sin admitir un mayor cuestionamiento, ya que son una deducción lógica del concepto antropológico del cual se deriva el sistema valórico, y terminan encerrando a cada persona en un cumplimiento intimista de los mismos. El primer capítulo de este trabajo aborda el tema del intimismo desde la perspectiva de lo que significa iglesia en cuanto trata de influir en la sociedad, vale decir, que no es autolimitación a una relación de carácter vertical con Dios, sino mediada y concretada en la relación con los demás y con las estructuras sociales en que se dan estas relaciones.

Por lo mismo, también debemos mirar la complejidad y la variabilidad que se da al respecto en la vida social misma en que nos desarrollamos como personas. Resulta innegable que en ella concurren diversos actores, instancias, circunstancias y estructuras que tienden a influir en cada uno de los miembros de la sociedad. Una estructura social especialmente importante, por su gran peso en las decisiones personales, es la cultura, aunque muchas veces resulta ser casi intangible por su obvia presencia. Resulta imposible eludir el tema si se quiere verdaderamente abordar el tema de la formación valórica, sea en la familia, en la escuela y en todas las instituciones que contribuyen a la socialización de las personas en sus diversas dimensiones de pertenencia y participación. En el caso particular de la pedagogía, tema que es el centro de muchas discusiones de carácter político, la cultura da un sesgo siempre particular a cada centro educacional, tanto sea que se considere el medio ambiente del que provienen cada uno de los actores involucrados como desde la desiderata del proyecto educacional y, dentro de él, de la visión particular de cada educador, como también de las políticas de Estado que tienden sea a perpetuar un esquema cultural, como de aquellas que tienden a modificarlo con una finalidad utilitaria y funcional a propósitos políticos.

A lo largo de la historia los seres humanos tenemos un factor recurrente que nos hermana en el tiempo y en la geografía: el preguntar. Nos

hacemos preguntas que han sido, son y seguirán siendo fundamentales para definir nuestra vida, porque son las interrogantes sobre el sentido de nuestra existencia³. Las respuestas que satisfacen esta inquietud respecto de nuestra identidad y nuestro destino generalmente no pueden ser elaboradas a partir de la sola experiencia de quien las formula, sino que debe recurrir a un saber acumulado a través del tiempo. Esta es, entonces, la función central de cualquier cultura: facilitar los elementos que permitan a los miembros de una sociedad encontrar, en forma personal, una respuesta que dé satisfacción a su necesidad de sentido, de justificar la existencia y de armonizar las vicisitudes de la vida con la esperanza que nos anima.

El preguntar es, entonces, una actividad que nos ocupa y nos preocupa, en tanto anticipación del futuro, y que, por lo mismo, genera una angustia que tiende a ser evitada. Así, en algunos casos se ignora la pregunta, y en otros se tiende a sacralizar las respuestas para evitar tanto el esfuerzo de encontrar las respuestas como la angustia respecto de su verdad. Si tenemos respuestas es que en algún momento hicimos las preguntas correspondientes. El que, socialmente, hayamos olvidado las preguntas para quedarnos sólo con las respuestas sólo indica que las soluciones o las respuestas tuvieron tal valor que las hemos integrado en la riqueza de nuestra cultura. Sin embargo, siempre seremos urgidos a volver a las preguntas originales para ver con nuevos ojos las respuestas que hemos ritualizado.

El conocer otras respuestas a las mismas interrogantes, que cada generación y cada hombre vuelve a hacerse, no constituye de por sí la respuesta personal que cada uno de nosotros necesita. Las respuestas de otros hombres -pensadores, filósofos, santos-, nos dan pistas valiosas, pero no llegan a constituirse por sí solas en las respuestas que necesitamos. Ningún hombre está eximido de tener que elaborar sus propias respuestas, sus propias opciones. El hecho que los adultos de una sociedad ya sepan cómo caminar no exime a los infantes de tener que pasar por el mismo proceso de aprender a caminar.

³ Cfr. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, N° 1.

Lo mismo ocurre, cambiando las proporciones e implicancias, respecto de los valores.

Para la sociedad el que cada generación deba volver a repensar y a cuestionar las respuestas que le dan certezas, tiene un costo en esfuerzo y en reconocer en ellas la precariedad que les es propia. La tentación de sacralizar las respuestas, para garantizar la estabilidad, más bien suele tener el efecto de ritualizarlas y así exponerlas a no tener la capacidad de responder a los nuevos desafíos que debe enfrentar ineludiblemente en el avance de la historia, porque no se ha llegado a interiorizar su significado.

En la propuesta cultural es de central importancia el tema axiológico, pues son los valores los que dan significado y orientan la toma de decisiones sobre la propia vida y sobre las formas en que se da la convivencia en la sociedad. Sin embargo, luego de esta primera afirmación, surgen otros interrogantes sobre el papel que ellos juegan, ya que se involucran otras cuestiones como la libertad, la independencia, la autonomía, la universalidad de los valores y la transmisión y educación en los mismos. Entonces la pregunta se puede formular en torno a dos ejes que, de diversas maneras nos remiten al inicio de esta exposición: si los valores son una cuestión individual por la que cada “yo”, en soledad, trata de discernir lo que es bueno o malo para la vida o si, por el contrario, los demás, especialmente la sociedad y su propuesta cultural, tienen un papel en las opciones valóricas y en las decisiones personales.

Una primera aproximación a este tema, tratando de ser prudentes y, al mismo tiempo realistas, nos indica que en términos concretos se da una conjugación de ambas perspectivas. Si bien es cierto que una persona realmente autónoma deberá definir su escala de valores, no es menos cierto que los valores culturales también son un dato concreto que no se puede obviar. De hecho, la cultura se dinamiza en torno a sistemas de valores que tensionan a sus miembros entre un estado actual y un ideal de comportamiento aún no alcanzado. En este entendido los valores culturales se presentan

como bienes que el conjunto social presenta a sus miembros como deseables, dignos de opción y de preferencia, desde la óptica del grupo social que los proclama. Desde esta proposición se pueden desprender normas prácticas para que los anhelos, deseos, esperanzas, comportamientos y actitudes concretas y los juicios sobre el actuar personal e individual como sobre los rumbos de la sociedad misma tengan un sentido comunitario al mismo tiempo que personal.

Un problema respecto de los valores dominantes en una sociedad tiene que ver con la forma en que se accede a ellos, por una parte, y cómo son aceptados y perpetuados en cada individuo, por otra. La cuestión hace referencia a la emocionalidad versus la racionalidad. El punto tiene aspectos que hacen un reconocimiento a la constitución de la persona humana, en tanto ser pluridimensional y, por lo tanto, irreducible a la sola dimensión racional. Los anhelos, esperanzas y deseos no nacen únicamente de un proceso racional -aunque sí pueden serlo- sino que la mayor parte de la veces se originan en sentimientos y afectos que, por ejemplo, potencian la figura de una autoridad como aval suficiente para darle un peso específico a un sistema de valores. Tal es el caso del origen familiar de varias de nuestras preferencias en este tema, o de la pertenencia a una religión, como es el caso de varios sistemas de valores.

En esta perspectiva se ha tratado el tema de los valores en los documentos del Episcopado nacional en el trabajo que aquí se presenta. Básicamente es una recopilación y sistematización de los principales textos públicos de la Conferencia Episcopal que tienen relación con el tópico.

El tema valórico, en cuanto problema que debe ser tratado con una mirada amplia, aparece cada vez más nítidamente en los documentos de los últimos veinte años del Episcopado chileno. Si bien con anterioridad se hacen continuas referencias a temas valóricos puntuales, no se ve una aproximación que trate tanto el problema en cuestión como el trasfondo desde el cual se genera la discusión.

En los años recientes aparece con claridad el tema referido a lo que se denomina una crisis moral⁴ que afecta no sólo la discusión teórica, sino especialmente la convivencia y la responsabilidad tanto personal como social. Se trata de una serie de mutaciones de “extraordinaria profundidad⁵” que “influyen hondamente en el hombre. No pocas conductas humanas, criterios, normas y valores se ven afectados⁶”, ya que no sólo comportan elementos positivos, como los mismos Obispos más de una vez lo señalan, sino que también “elementos negativos que amenazan al hombre y que deben ser confrontados con los valores del Evangelio⁷”, ello porque no se trata de cambios superficiales sino de verdaderos “cambios de paradigmas”, es decir, un cambio en los referentes de la vida de los cuales se derivan los criterios y comportamientos éticos. La crisis que generan estos nuevos paradigmas que emergen en la sociedad plantean una serie de interrogantes sobre las cuestiones fundamentales que afectan al hombre y a su vida en sociedad, caracterizados todos ellos por la rapidez con que se generan y que dejan a buena parte

⁴ “57. Largo sería describir todos los desafíos que la realidad personal, familiar y social presenta a nuestra acción pastoral. Hemos querido mencionar los que parecen afectar al conjunto de nuestra vida. En el fondo de todos ellos se ve una grave crisis moral que afecta nuestra convivencia y nuestra común responsabilidad. No los hemos enumerado con el ánimo de herir, sino con el propósito de que se entiendan mejor las líneas y las prioridades pastorales que proponemos a la Iglesia chilena para nuestra acción pastoral orgánica en los próximos cuatro años”, Orientaciones Pastorales 1986/1989, Iglesia servidora de la vida, octubre de 1985; 50. El Papa Juan Pablo II, en el discurso inaugural de la Conferencia de Santo Domingo, esboza un cuadro de la situación de esa cultura que estamos llamados a evangelizar: “En nuestros días se percibe una crisis cultural de proporciones insospechadas. Es cierto que el substrato cultural actual presenta un buen número de valores positivos, muchos de ellos fruto de la evangelización; pero, al mismo tiempo, ha eliminado valores religiosos fundamentales y ha introducido concepciones engañosas que no son aceptables desde el punto de vista cristiano”, Jesucristo ayer...

⁵ Cfr. **Nueva Evangelización para Chile**, Orientaciones Pastorales 1991-1994, julio de 1990, N° 11; también **Jesucristo ayer, hoy y siempre**, Orientaciones Pastorales 1996-200, Introducción; **Si conocieras el don de Dios...**, Orientaciones Pastorales 2001-2005, 24 de septiembre de 2000, N° 53; **En camino al Bicentenario**, Documento de Trabajo, septiembre de 2004, N° 6.

⁶ *Ibíd.*

⁷ *Ídem.* N° 14.

de la sociedad en una situación de perplejidad, de no tener claros los criterios con los que se deben tomar decisiones en torno a las nuevas opciones.

Este cambio o mutación cultural termina gestando una nueva cultura:

“Va naciendo una nueva cultura que marca profundamente nuestros modos de ver, de sentir, de razonar, de amar. Es una cultura de carácter planetario, con una fuerte acentuación antropocéntrica y eminentemente científico-técnica, rica en nuevos signos de esperanza. Inmensas posibilidades se abren al ser humano que va dominando la naturaleza y que, por primera vez en la historia, puede tener influencia sobre una parte importante de las variables de la vida”⁸

Pero, por otra parte, este mismo antropocentrismo y esta confianza ilimitada en su propio poder han afectado una de las funciones más importantes que se le reconoce a la cultura: su capacidad de dar sentido a la vida⁹. También se debe reconocer que esta nueva cultura tiene reminiscencias evangélicas con los valores cristianos¹⁰, con los cuales es necesario entrar en diálogo:

“Tal vez el desafío más importante que tenemos es entrar en ese cambio cultural sin perder nuestra identidad cristiana, enriqueciéndonos con sus valores y procurando que el mensaje evangélico sea comprendido en el lenguaje propio de cada cultura... Como ministros de la Buena noticia de salvación nos sentimos responsables de que la cultura común y las culturas particulares de los pueblos se compenetren de los valores del Evangelio contribuyendo así a su humanización”¹¹.”

⁸ Nueva Evangelización para Chile, N° 12.

⁹ Cfr. Nueva Evangelización para Chile, N° 14, Si conocieras el don de Dios..., N° 34.

¹⁰ Cfr. Nueva Evangelización para Chile, N° 13; En camino al Bicentenario, N° 19 y 20.

¹¹ Jesucristo, ayer, hoy y siempre, N° 49; tb. Si conocieras el don de Dios... N° 64; En camino al Bicentenario, N° 12 y 17.

En este diálogo con la cultura que emerge en la sociedad chilena, con sus valores y contravalores es que se hace cada vez más necesario el discernimiento “sobre los valores dominantes, las actitudes, los comportamientos colectivos, que frecuentemente representan un factor decisivo para optar tanto por el bien como por el mal¹²”, por lo que se hace necesario “hacer una revisión crítica tanto de los valores tradicionales como de aquellos que los tiempos nuevos nos proponen¹³”.

En consecuencia no es menor el situar como eje explicativo y estructurador del pensamiento de los Obispos de Chile la discusión valórica a la que lleva esta nueva situación, poniendo especial atención en “los valores esenciales que sustentan nuestra identidad nacional¹⁴”. El ámbito valórico, y la antropología de la que depende, tiene consecuencias en la estructuración política y económica y en los comportamientos relacionados con la vida sexual y matrimonial.

El esquema seguido y la metodología han sido el resultado del avance mismo de la investigación y, al respecto se hacen necesarias algunas precisiones. La primera de ellas tiene que ver con que este no es un trabajo con carácter histórico, en el entendido de una cierta secuencia temporal en la exposición, sino que se ha buscado dar una estructura lógica y pedagógica por lo que, la mayor parte de las veces, no se verá el hilo histórico de los temas tratados, sino una elaboración de los mismos. Sin embargo, como concesión a la formación histórica del autor, las notas correspondientes a cada tema se han mantenido en el orden cronológico de los documentos del Episcopado. Respecto de estas últimas, se ha optado por citar cada vez la fuente completa, incluyendo el año de publicación, para que el lector pueda seguir la evolución histórica de la idea así como el poder ubicarla en las circunstancias históricas a las que pueda haber referencia.

¹² Jesucristo ayer, hoy y siempre, N° 50; tb. Si conocieras el don de Dios..., N° 54 y 55.

¹³ En camino al Bicentenario, N° 30.

¹⁴ Ídem., N° 4, 5 y 7.

Una segunda advertencia sobre este trabajo dice relación con la lectura que debería hacerse de los textos expuestos, ya que una lectura textual olvidaría el marco que les da su correcta hermenéutica. Ella viene dada por una doble condicionante de sus contenidos: por una parte la temática expuesta en el Magisterio universal de la Iglesia, que va dando pautas sobre los puntos de interés a tratar por las respectivas Conferencias Episcopales, dentro de las cuales está, evidentemente, la de Chile. Así es posible ver como en el tratamiento de la realidad chilena se ve la influencia de documentos claves como los son los del Concilio Vaticano II, la *Populorum Progressio*, la *Evangelii Nuntiandi* y tantos otros que plantean temáticas que son acogidas y tratadas en el contexto de la sociedad chilena¹⁵. Por otra parte también es necesario leer los documentos considerando el trasfondo de los acontecimientos históricos del momento en que son escritos, especialmente aquellos acontecimientos que han ido marcando fuertemente nuestra historia. Ambas líneas de condicionamientos no son tratadas aquí, dado que el carácter de este trabajo no es precisamente histórico y su inclusión terminaría por opacar lo que efectivamente quiere mostrarse: el pensamiento de la Conferencia Episcopal de Chile en torno al tema valórico.

Respecto del método de exposición se ha optado por incluir, en lo posible un marco conceptual que permita situar, a grandes rasgos, los temas referenciales a los que se hace alusión en los documentos del Episcopado. Este esquema se hace presente desde esta misma introducción y, luego, el entendimiento que tiene la misma Conferencia Episcopal respecto de su misión como Iglesia. Ambos puntos resultan, a juicio del autor, indispensables para evitar una lectura fundamentalista de los textos, ya que matizan la mirada y permiten descubrir el verdadero sentido de los pronunciamientos episcopales.

En cuanto a la estructura misma, ella fue sufriendo modificaciones a medida que se avanzaba, quedando al final estructurada en la presente in-

¹⁵ “Un ejemplo de esta influencia es reconocido explícitamente en las Orientaciones Pastorales *Si conocieras el don de Dios...* para los años 2001 al 2005, cuando reconocen la inspiración de diversos documentos del Magisterio Universal. Ver los números 12 y siguientes.

troducción, un primer capítulo sobre la cultura y el tema axiológico, un segundo capítulo sobre los valores en la vida social, política y económica y, finalmente, el tercer capítulo sobre las cuestiones referentes a la bioética y sexualidad. La razón de este ordenamiento tiene que ver con la lógica misma de los contenidos ya que, para entender la constante presencia de la Iglesia chilena en cuestiones valóricas, se hace necesaria explicitar la forma en que ven su misión en la sociedad. De ahí surge un tema que, aunque cronológicamente es de los últimos en aparecer en el discurso del Episcopado, resulta ser clave en los otros dos: la cultura y su función de dar sentido y orden a los grupos sociales. Los dos temas siguientes son de carácter más bien aplicativo a dos ámbitos que siendo distinguibles hasta cierto punto, están fuertemente relacionados entre sí y con el tema de la cultura, como lo son el ámbito social, político y económico y el de la bioética y de la sexualidad.

La estructuración de los capítulos tiene, además una cierta lógica circular ya que tanto la cultura influye en las decisiones políticas y éstas, a su vez en la economía, confluyendo todo, finalmente, en la configuración de la familia que es la que retroalimenta todos los aspectos anteriores.

Finalmente no puedo menos que agradecer el aliento de colegas del Instituto de Ciencias Religiosas, así como el apoyo de Eduardo Cavieres en la publicación de este trabajo. Un reconocimiento especial debo hacer a Pedro Garcés Troncoso por su paciencia y acuciosidad al revisar el último capítulo de este libro.

Valparaíso, marzo de 2010.

